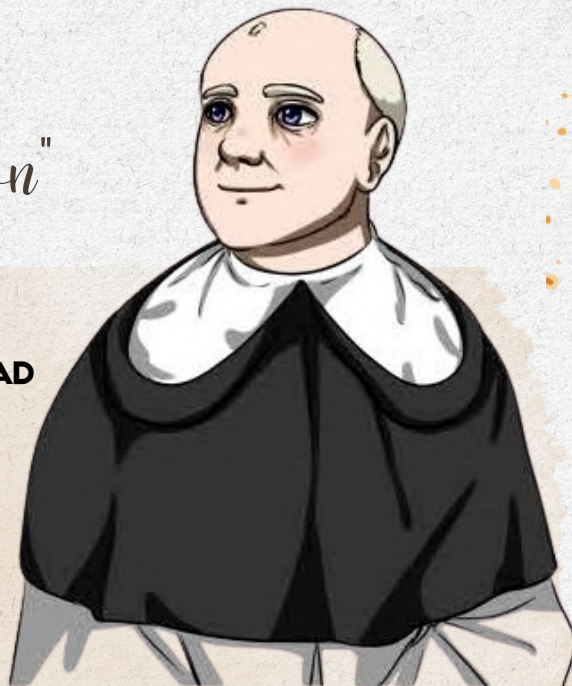


"Los Exilios de Boisdron"

**"BUSCADOR INCANSABLE DE LA VERDAD
DE SU PROPIA VIDA Y DE DIOS"**



Paul Boisdron vivió sucesivos exilios, el abandono de su pequeño pueblo natal, Montmoreau, para ingresar en la Orden de Predicadores en Lyon en 1862; luego en 1876 al dejar Francia para aventurarse en la travesía atlántica rumbo a Buenos Aires, y desde Argentina, un nuevo exilio hacia Friburgo (Suiza), en 1890. A su regreso a su 'patria de adopción' en 1894, realizó cuatro viajes más por Europa, con motivo de su participación en Capítulos Generales de la Orden, llegando hasta Egipto y Palestina. Mientras permanecía en Argentina, lo observamos en supermanente peregrinar desde Tucumán a Buenos Aires, pasando por Santiago del Estero, Córdoba, Santa Fe o recorriendo la región de Cuyo.

Sus viajes fueron su mejor escuela de búsqueda interior y en este sentido Boisdron fue un buscador incansable de la verdad de su propia vida y de Dios.

Impregnado del pensamiento de Lacordaire, heredó de él la comprensión de la Orden como una familia de "religiosos viajeros de Jesucristo entre los infieles, que enviados a las naciones fuesen con conocimiento de sus lenguas, costumbres, y religión". Así continúa describiendo Lacordaire a los dominicos:



"el tránsito del claustro a los viajes y de los viajes al claustro, daba a los frailes predicadores un carácter particular y maravilloso. Sabios, solitarios, aventureros, llevaban en toda su persona el sello del hombre que todo lo ha visto por parte de Dios y por parte de la tierra. Aquel fraile que hallabais caminando a pie como un trivial de vuestro país, había acampado entre los tártaros, a lo largo de los ríos de la alta Asia; había habitado un convento de Armenia, al pie del monte Ararat; había predicado en la capital de Marruecos, Fez; iba ahora a Escandinava, quizás de allí a la Rusia Roja [...] rara vez aquellos frailes peregrinantes volvían a morir a su convento natal que había recibido sus primeras lágrimas de amor..." [1]

En los tiempos de inicios de la Orden, encontramos a otro viajero, Reginaldo de Orleans, que había estudiado Derecho en París y se encontraba de peregrino en Roma. Había decidido abandonarlo todo para dedicarse a la predicación y comunicando este deseo a un cardenal, este le dijo: "Acaba de aparecer una Orden de Predicadores que tiene por lema de vida lo que andas buscando: desarraigo y anuncio. Precisamente se encuentra en Roma predicando el Maestro de la Orden".[2]

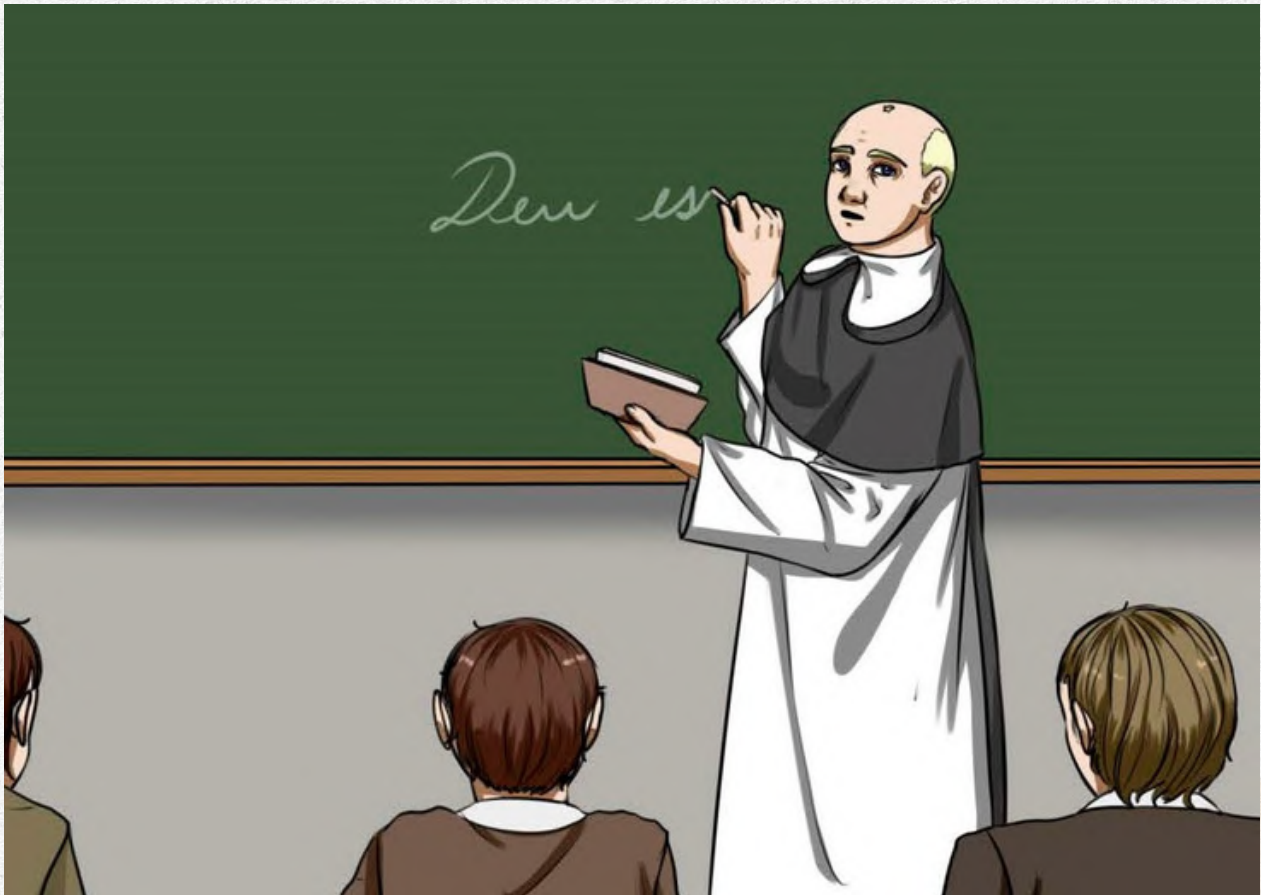
Boisdron vivió profundos desarraigos y su escritura estuvo unida a su exilio y a la posición errante del escritor. El mismo estuvo siempre en la búsqueda de su propia identidad y por eso escribió. Boisdron fue un nómada infatigable, anduvo errante y escribió para intentar decirse a sí mismo. Transitó por los caminos o las vías de que hablan los textos místicos, como un viajero itinerante. Su viaje interior se convirtió para él en itinerario geográfico, quizás por la imposibilidad de un lugar. Su escritura es también nómada, interminable, movediza, sus textos no conforman un sistema[3]. Sus escritos dejan huellas numerosas, editados o manuscritos, marcados por los hitos de sus viajes, trazan la singularidad de un recorrido. Boisdron, escribe con sus pies, geográficamente[4], y se sabe en situaciones de frontera, de liminalidad.

[1] Lacordaire, Enrique. Memoria de la restauración de la Orden de Predicadores en Francia, Ed. San Esteban, Salamanca, 1989, p. 62.

[2] Humberto de Romans. Narración sobre Santo Domingo, en Galméz, Lorenzo- Gómez, Vito, Santo Domingo de Guzmán, Fuentes para su conocimiento, BAC, Madrid, 1987, p 311.

[3] Sigo en este acercamiento al itinerario de Boisdron algunas intuiciones de Certeau en la descripción que realiza de Labadie, un místico, "wandersman", errante, caminante, migrante, en La fábula mística, México, Universidad Iberoamericana, 1993, pp. 321-330.

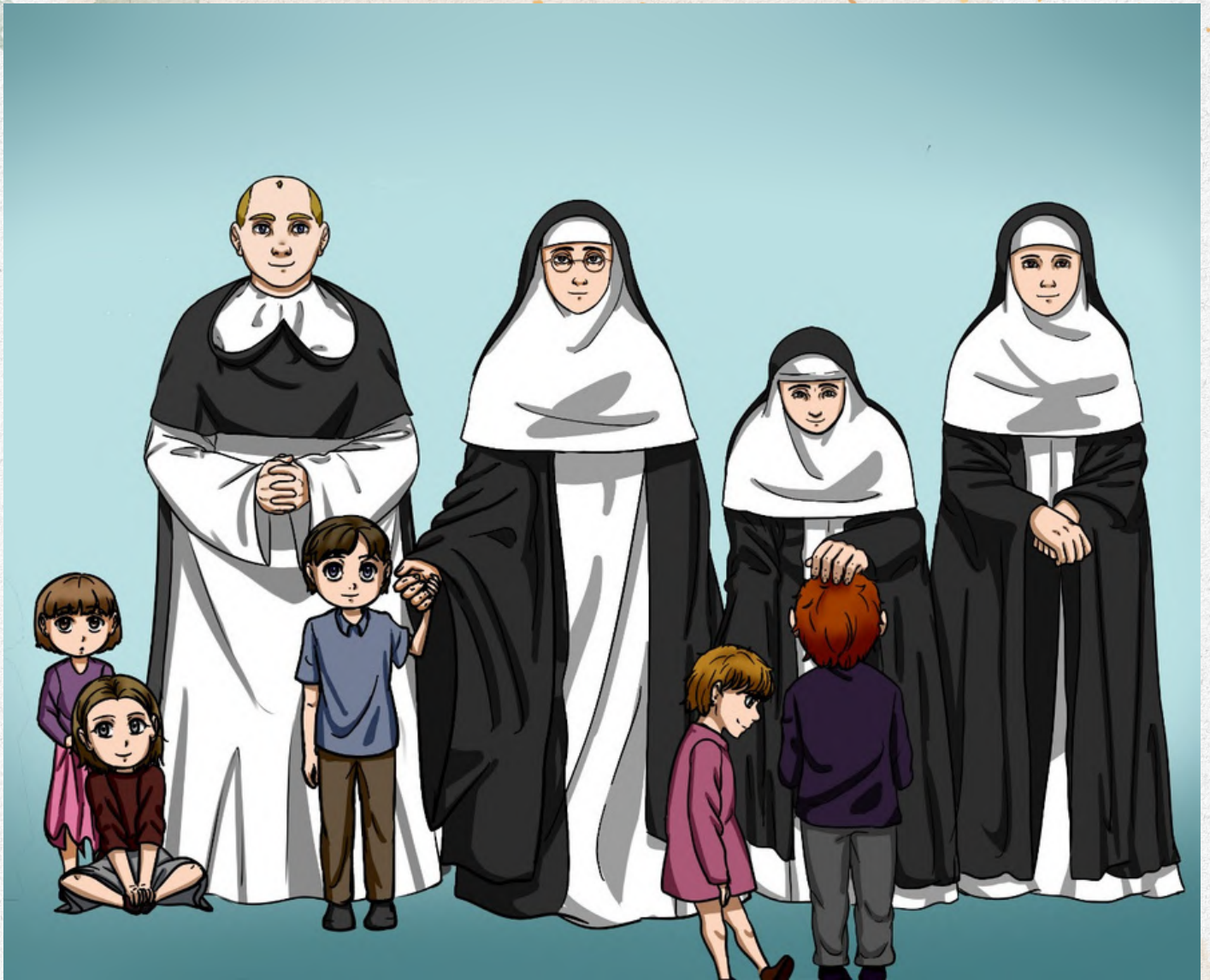
[4] Quizás no sea casual que en la pequeña habitación-museo que las dominicas de Tucumán conservan en memoria de sus fundadores, se encuentren aún los zapatos de Boisdron, como símbolo de su intenso peregrinar.



Él reconoce ese frágil límite en el que vivió, la débil frontera entre lo "ortodoxo y heterodoxo" en la iglesia y entre lo aceptado y excluido de los intentos homogeneizadores del discurso hegemónico del naciente estado- nación argentino, de fines del siglo XIX. Lo expresa de esta manera en el discurso que pronunció con motivo de la celebración de sus 50 años de ordenación sacerdotal: "Por necesidad que se impone a la misión del sacerdote fui llevado a tomar parte en el inacabable conflicto que traen las cuestiones de fe y ciencia, de religión y política, de moralidad y sociabilidad.

Sobre este terreno en que es difícil deslindar los límites respectivos de cada asunto, no se perdonan a los contrarios los calificativos de liberal o intransigente, extremos igualmente nocivos, la intransigencia creando antipatía y alejamiento de la verdad, el liberalismo prestándose a la relajación y a la disolución de los principios de ella".[5]

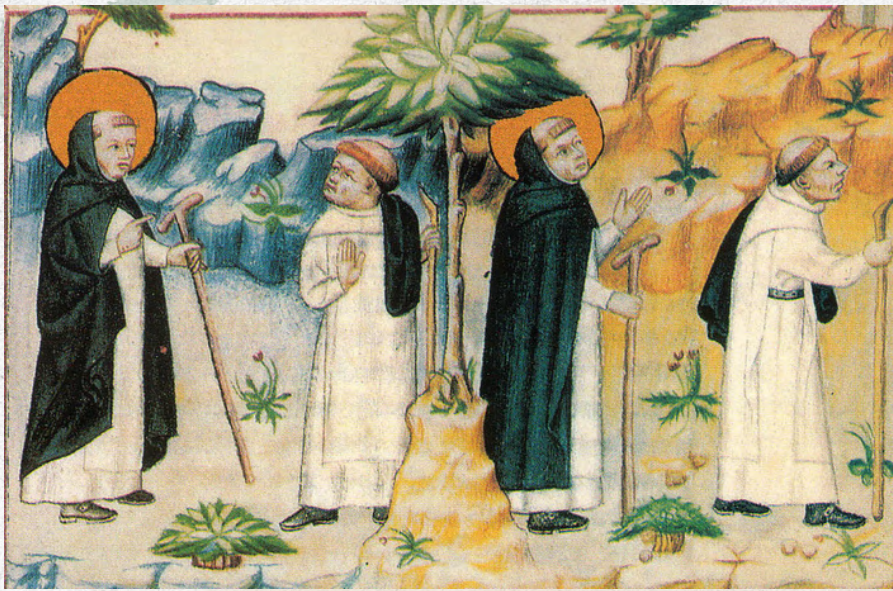
[5] Boisdron, Fr. Ángel María. Palabras en su 50 aniversario sacerdotal, Revista de la Asociación Beata Imelda, Tucumán, 1919, p. 49.



Su situación liminal lo puso en las fronteras de la Iglesia y del Estado Argentino, dos ámbitos que en el último cuarto del siglo XIX pujaban por distinguirse, siendo juzgado por la primera como "un liberal francés" y por el segundo como "un conservador ultramontano".

Desde esta situación de liminalidad, exilio, exclusión, de estar en el umbral, es como Boisdron establece sus vínculos con un grupo de mujeres y funda la Congregación de Dominicas en Tucumán, vínculos en donde predomina una relación caracterizada no por el dominio y el poder, sino donde prima la valoración mutua y el respeto a la dignidad de la mujer, experiencia posible para aquel que aprendió a estar en el limen del patriarcado, el de la Iglesia y el del Estado.

Boisdron se sintió identificado con este carácter itinerante de la vida dominicana, por ello era costumbre entre las hermanas de los primeros tiempos de la Congregación de Dominicas de Tucumán, rezar la "oración de los itinerantes", que se pronunciaba en cada comunidad durante los viajes. El texto se conservó en la biografía de Elmina Paz, escrita por Tomasa Alberti, una de sus primeras compañeras:



ORACIÓN DE LOS ITINERANTES.

"DIOS MÍO, QUE HICISTE SALIR DE SU PATRIA A TU SERVIDOR ABRAHAM Y LO PRESERVASTE DE TODOS LOS PELIGROS EN EL CURSO DE SUS VIAJES. SEÑOR QUE HICISTE ACOMPAÑAR AL JOVEN TOBÍAS CON TU SANTO ÁNGEL CUANDO TUVO QUE ALEJARSE DE LA CASA PATERNA, DÍGNATE VELAR TAMBIÉN AL VIAJERO CUYA AUSENCIA LLORAMOS. DIRIGE SUS PASOS, PROTÉGELO EN TODAS PARTES, QUE TU MANO MISERICORDIOSA Y POTENTE SEPRE DE SU CAMINO LAS TENTACIONES Y LOS PELIGROS, QUE TUS SANTOS ÁNGELES LO LLEVEN EN SUS BRAZOS PARA QUE EVITEN TODO TROPIEZO, QUE TU DULCE PROVIDENCIA SE EXTIENDA A TODOS LOS INCIDENTES DE SU VIAJE Y A SUS NECESIDADES DIARIAS, QUE LE SEA SU CONSUELO EN LA SOLEDAD; UNA AMIGA EN EL LARGO CAMINO; ASILO CONTRA EL PELIGRO, APOYO EN LOS PASOS DIFÍCILES Y PUERTO CONTRA EL NAUFRAGIO; PARA QUE CONDUCTIDO POR VOS HASTA EL FIN, LLEGUE FELIZMENTE AL TÉRMINO DE SU VIAJE Y VUELVA CON SALUD A SU CONVENTO, DONDE ENCUENTRE BUENAS A TODAS LAS QUE AMA Y EL DEJÓ, Y QUE NADA TURBE EN ÉL LA ALEGRÍA DE SU VUELTA. AMÉN."[6].

La experiencia del exilio, los sucesivos viajes, configuraron la personalidad de Boisdron y lo colocaron en una situación liminal que le permitió vivir una existencia libre y un estilo de relaciones que supuso ruptura con los estereotipos asignados a un fraile de fines del XIX y principios del XX.

El exiliado, afirma María Zambrano, "anda fuera de sí al andar sin patria ni casa. Al salir de ellas se quedó para siempre fuera, librado a la visión, proponiendo el ver para verse; porque aquel que lo vea acaba viéndose...".[7]

Quizás ellas se vieron en él y la amistad que se fue tejiendo les otorgó una nueva mirada, nuevos mundos... y a él una patria, una casa.

Hacer memoria de Boisdron es una invitación en nuestro presente a dejarnos enseñar por este caminante incansable, amante de su tiempo, del trozo de historia que le tocó construir. Nos queda la herencia de su compromiso con los debates y realidades que impregnaban las calles y los periódicos de su época: la cuestión obrera, las leyes nuevas del estado que emergía en el siglo XIX, las víctimas de la epidemia del cólera que desbastó la ciudad de Tucumán hacia 1886, la educación de la mujer, los huérfanos, las situaciones de marginación social.

[6] Zambrano, María. Los Bienaventurados, Siruela, Madrid, 2004, p. 33.

[7] Alberti, Tomasa. La Madre María Dominga del Santísimo Sacramento Paz Gallo, mimeo, Tucumán, 1933, pp. 45-46.

Como confesor y director espiritual fue un fiel compañero de camino. Para las dominicas de Tucumán, su presencia fraterna constituyó una mediación fundamental en el camino que iniciaban de seguimiento de Jesús según el estilo de Domingo y en los intentos de viajar hacia el "fondo del alma" hacia donde él las invitaba siempre.

Durante su servicio como Provincial y Regente de Estudios de la Provincia de San Agustín, buscó profundizar el nivel de estudios, fue el primero que envió frailes jóvenes a estudiar a Jerusalén en 1896, fascinado con las nuevas investigaciones que se realizaban en la Escuela Bíblica.

En una de sus últimas cartas – a los 78 años, un año antes de morir- Boisdron escribía al entonces Provincial de la Provincia San Agustín, Fr. Esteban Castillo, comentando sobre la reciente edición de las Constituciones de la Orden de Predicadores:

"me deja la grata impresión que mantiene los principios, las líneas, el espíritu de nuestra vida religiosa, que hemos heredado de nuestros primeros y venerables antepasados y se puede observar en nuestros días. La estoy leyendo y estudiando con verdadero interés, luego que haya terminado esta tarea, la remitiré a V.R."[8]

Quizás, como él, nosotros/as también aprendamos a heredar y venerar a nuestros antepasados/as en la Orden y continuar leyendo y estudiando con "sumo interés".

**QUE PODAMOS LLEVAR CON
PACIENCIA Y PLACER NUESTRA VIDA
Y QUE SEPAMOS APRECIAR EL DON
DE DIOS Y GOZAR CON ÉL.
(BOISDRON A ELMINA, AGOSTO 29 1889)**



[8] AOPSA (Archivo OP San Agustín),
Libro "Cartas 1733-1931", Fr.Boisdron a Fr.Castillo,
23 de septiembre de 1923.